

en el estado de caribes y verdaderos canibales? (1). El sentimiento de la fraternidad de los pueblos, que debería establecer entre ellos una paz permanente, es tan vivo en *d'Holbach*, el ateo, como en el evangélico Fenelón. Pero el filósofo del siglo XVIII, más atrevido que el arzobispo de Cambridge, no tome poner el dedo en la llaga y subir hasta el origen del mal, el egoísmo de los reyes (2).

La historia de los reyes es el martirologio de las naciones. Esta frase del abad Gregorio resume las invectivas de los filósofos contra el poder real: "¿Á qué son debidas esas guerras periódicas que á cada momento ensangrientan la tierra? Á la ambición de los reyes, á sus pretensiones injustas, á su codicia sin límites, á su inquieta ociosidad, á la incapacidad en que ordinariamente se encuentran de ocuparse en paz del bienestar de su país. Para desempeñar un gran papel en el mundo, para hacer valer títulos fraudulentos ó dudosos, muchas veces también, por una vana ostentación de poder, inmolan á sus intereses personales, al engrandecimiento de sus familias, á su vanidad infantil, á celos infundados, el reposo, las fuerzas, las riquezas, la industria y la felicidad de todo un pueblo," (3).

El retrato no es lisonjero, y por desgracia tiene mucho parecido. Sea cual fuere su hinchazón como escritor, *d'Holbach* no exagera la realidad de las cosas. La consecuencia parece ser la abolición de la monarquía. Esta fué también la opinión de la Convención. Se ignoraba que el poder real puede ser una garantía sin oponerse en nada á la verdadera libertad. Esto no impide que la crítica de los filósofos haya sido exacta. El antiguo poder real debía desaparecer: esta era la primera condición para que pudiera establecerse el derecho.

II

Diderot hace á veces profesión del materialismo más estricto; se le injuriaría, sin embargo, al compararle con los materialistas de baja estofa que pululaban en el siglo XVIII. Es esencialmente artista; y ¿cómo un artista no ha de ser más que

(1) D'HOLBACH, *el sistema social*, parte 1.^a, c. XVI.

(2) D'HOLBACH, *el sistema social*, parte 2.^a, c. XI.

(3) D'HOLBACH, *el sistema social*, parte 1.^a, c. XI, y parte 2.^a, c. XI.

materia? Su religión es la de Goethe; lejos de humillar al hombre confundiéndole con la naturaleza, eleva la naturaleza, divinizándola. Hay otro rasgo que distingue á *Diderot*; es enciclopedista, su ciencia es universal, y aun cuando no sea muy profunda, contribuye con el carácter particular de su genio á darle una extensión de miras que no tenían los escritores de su tiempo: en todos había algo de sectarios, al paso que *Diderot* lo comprende todo y se hace á todo. Hay en él algo de esa equidad que se encuentra en los filósofos panteístas.

Diderot advierte que en tiempos pasados el espíritu de conquista ha trastornado el globo; pero no cree que ha de suceder lo mismo en el porvenir. El mundo moderno no contemplará el espectáculo de un pueblo destinado por su desgracia á devorar sucesivamente á todos los demás. *Diderot* cuenta hasta con el buen juicio de los reyes; no porque éstos se cuiden mucho de la felicidad de sus pueblos, sino porque comprenderán que su felicidad propia no consiste en tener inmensas posesiones. Le parece también que los hombres se ocuparán más del comercio que de la guerra. *Diderot* se ha hecho ilusiones respecto de la sabiduría y prudencia de los príncipes. El espíritu de conquista es inmortal, como todas las pasiones del hombre; pero es cierto que encuentra en las tendencias de los pueblos modernos obstáculos cada vez más difíciles de vencer. Nada más exacto que las observaciones del filósofo francés sobre la incompatibilidad del comercio y de la guerra: "Se establece en Europa un espíritu de trueques y de cambios, espíritu que puede dar lugar á vastas especulaciones en los particulares, pero espíritu amigo de la tranquilidad y de la paz. Una guerra entre diferentes naciones comerciantes es un incendio perjudicial para todas. Es un pleito que amenaza la fortuna de un gran negociante y hace palidecer á todos sus acreedores."

Pero cuando cesen las guerras, ¿cuál será la influencia de ese espíritu pacífico y traficante sobre las sociedades? La mayor parte de los escritores del siglo XVIII consideran la paz como un ideal y se prometen la renovación de la edad de oro y la era pacífica que vislumbran en el porvenir. *Diderot* no participó de estas ilusiones: "Si se me pregunta, dice, lo que será de la filosofía, las letras y las bellas artes bajo la calma y la tranquilidad de esas sociedades mercantiles, en que el descubrimiento

de una isla, la importación de un nuevo artículo de comercio, la invención de una máquina, el establecimiento de una factoría, la construcción de un puerto, llegarán á ser las transacciones más importantes, responderé preguntando qué hay en todos estos objetos que pueda agitar las almas y producir en ellas entusiasmo. La pregunta sola, tal como *Diderot* la formula, manifiesta que no era partidario muy decidido de una era de comercio y de paz. Pero, con su desinterés habitual, no insiste sobre sus aficiones; hace el sacrificio de sus gustos: "Afortunadamente, exclama, toda esa especie de lujo no es muy esencial para la felicidad de las naciones. Acaso no se encuentre una buena estatua en toda la Suiza, y no creo que los trece cantones sean por eso más desgraciados." Pudiérase preguntar si el ideal del destino humano consiste en llevar una vida semejante á la de las abejas. El filósofo no se hace esta pregunta, pero tiene ideas muy exactas sobre el vínculo que existe entre el desenvolvimiento de la civilización intelectual y los grandes acontecimientos históricos. No se encuentran estas miras en ninguno de sus contemporáneos; dejémosle la palabra:

"¿Cuál es la causa de los progresos y del esplendor de las letras y de las bellas artes, así en los pueblos antiguos como en los modernos? La multitud de acciones heroicas y de los grandes hombres que había que celebrar. Ciérrase la puerta á los peligros, y queda también cerrada á las virtudes, las hazañas, los historiadores, los oradores y los poetas. En medio de las tempestades de la Grecia fué cuando aquella comarca se pobló de pintores, de escultores y de poetas. Cuando aquella fiera que se llamaba el pueblo romano se devoraba á sí mismo ó se ocupaba en devorar á las naciones, es cuando los historiadores escribieron y los poetas cantaron. En medio de los disturbios civiles en Inglaterra, y en Francia después de las matanzas de la liga y de la Fronda, aparecieron autores inmortales. Los grandes genios se engendran en los tiempos difíciles y nacen inmediatamente después. Á medida que las sacudidas violentas de una nación se apaciguan y se alejan, los ánimos se calman, las imágenes de los peligros se borran y las letras callan," (1).

¿Debería deducirse de aquí la legitimidad de la guerra? *Diderot* se guarda bien de hacerlo, á pesar

de que todas sus simpatías son favorables á las artes y á las letras. Cuando menos, se puede deducir que el hombre ha sido hecho para la lucha y no para el reposo, puesto que sus fuerzas se desarrollan en la lucha. Sus pasiones son, pues, á la vez, un elemento de imperfección y una condición de su perfeccionamiento. Como sus pasiones son de esencia de la humanidad, no es de creer que la paz llegue á reducir nunca á las naciones á ese estado en que se asemejarían á sociedades de castores. Para soportar la paz perpetua necesitaríamos otra naturaleza. Demos gracias á Dios, que de nuestras mismas faltas y defectos sabe sacar medios de perfeccionarnos.

N.º 4.—*Los poetas y los historiadores.*

I

Cuando se ve á de Holbach de acuerdo con Fenelón, y á *Diderot* con Voltaire, se puede asegurar que el espiritualismo y el materialismo no tienen influencia alguna sobre las ideas de justicia internacional. En realidad, el siglo XVIII no tiene más que una doctrina, una religión, el amor á la humanidad. Este sentimiento inspira á todos los escritores, sea cual fuere la escuela á que pertenezcan; se le encuentra hasta en los que son enemigos de los filósofos. Prueba segura de que se trata de un espíritu general que arrastra á todo un siglo, lo mismo á los que obedecen á su corriente y la dirigen que á los que resisten y tratan de contenerla.

El siglo literario de Luis XIV tocaba á su fin, cuando apareció *Juan Jacobo Rousseau*. Defensor de las antiguas tradiciones, combatió las doctrinas filosóficas y á sus mantenedores, y fué enemigo rencoroso de Voltaire. La tendencia de su espíritu le inclinaba hacia lo pasado. Sin embargo, cuando se lee su oda á *la Fortuna*, parece un discípulo de Voltaire; es una protesta elocuente contra la gloria de los héroes. Ataca como los filósofos la pre-ocupación popular que ensalza á los conquistadores; dejándose guiar por la razón, no se encuentra en esos héroes famosos más que extravagancia, debilidad, injusticia, traiciones, furores, crueldades: ¡extraña virtud, exclama el poeta, que generalmente no es más que un conjunto de todos los vicios!

(1) DIDEROT, *Fragments politiques*.

Sus acciones más heroicas no son más que crímenes afortunados.

Entre todas las guerras que han ensangrentado Europa, las más culpables, á los ojos de los filósofos, eran las guerras de religión, y por ellas acriminan al cristianismo. Y los verdaderos cristianos no encontraban más medio de defenderse de estas acusaciones que repudiar la herencia del pasado, incluso las guerras llamadas santas por la Iglesia: «¡Dios de paz, exclama Racine hijo, cuánta sangre ha corrido en tu nombre!» El poeta condena con energía todavía las guerras que el furor religioso encendió entre los cristianos:

«Quels barbares docteurs avoient pu nous apprendre,
Qu'en soutenant un dogme, il faut pour le défendre,
Armés du fer, saisis d'un saint emportement,
Dans un cœur obstiné plonger son argument!» (1).

Hemos hecho notar las contradicciones de los filósofos. Hé aquí una inconsecuencia cristiana de tanto bulto como las demás. Racine era jansenista, y sabido es que los jansenistas procedían de San Agustín, cuya severa doctrina sobre la gracia seguían. Pues bien, este mismo San Agustín es el doctor bárbaro reprobado por el poeta; él ha formado el dogma de la intolerancia, y sus más celosos prosélitos le rechazan! El poder contenido en las ideas dominantes de un siglo es más fuerte que las creencias de lo pasado. Aun los que ven su ideal en el cristianismo tradicional, le abandonan insensiblemente sin pensar en ello, arrastrados por el movimiento irresistible de los tiempos.

Hé aquí un enemigo decidido de los filósofos. Lefranc de Pompignan clama contra la guerra con toda la indignación de enciclopedista: la llama juego bárbaro de los reyes, castigo y azote de la tierra. Sólo que sus pensamientos toman un color religioso más bien que humanitario. El poeta cristiano ve principalmente en la guerra el desbordamiento de las malas pasiones; dice que el infierno y la muerte reinan en los lugares donde se combate. Aun cuando los reyes crean tener justo motivo de guerra, deben temblar antes de emprenderla (2).

Hubo también en el siglo XVIII otro poeta á quien no consiguió cautivar el espíritu filosófico.

(1) «¡Qué bárbaros doctores habrán podido enseñarnos que, para sostener y defender un dogma, es preciso armarse de la espada, y con santos transportes clavar su argumento en corazones obstinados!»—RACINE, de la Religión, c. vi.

(2) LEFRANC, Discours des Rois et des sujets.

Gilbert hace una guerra declarada á la humanidad predicada por los poetas filósofos hasta en el teatro:

De l'humanité maudite missionnaires
Pour leurs tristes lecteurs ses prédicateurs n'en ont guère» (1).

¿Quién creería, después de esto, que el poeta se deje también invadir por aquella maldita humanidad? En el Elogio de Leopoldo I exclama: «No nos elogiéis ya, oradores sanguinarios, á esos asesinos coronados que, por añadir á su reino un pedazo de tierra, una aldea, sacrifican millares de hombres.» No había llegado-tan allá Voltaire. Llamar á los reyes asesinos coronados, ¿no era provocar la revolución? Hé aquí como hasta los enemigos de las nuevas ideas preparaban su advenimiento.

II

Parece que los sabios están más á cubierto que los poetas del contagio que se propaga como un enemigo invisible en los campos más opuestos. ¿No viven en lo pasado mucho más que en lo presente? Pero por más que quieran secuestrar los sentimientos, las ideas del siglo circulan con el aire, se las respira sin más que vivir; para defenderse del contagio no habría más que un medio, morir para el mundo, como los anacoretas del desierto. Aquel tiempo había pasado ya. Así es que los escritores más solitarios no se libran de la influencia del espíritu filosófico. El bueno de Rollin pasó su vida en su colegio con los Romanos, con los Griegos y con los escritores sagrados. Esto no impidió que los juicios que emitía en su historia fueran dictados por el espíritu, y aun pudiéramos decir por las preocupaciones filosóficas del último siglo. En el prefacio recuerda que el Espíritu Santo, por el órgano de los profetas, representa á los conquistadores bajo el simbolo de monstruos nacidos de la agitación del mar y bajo la imagen de fieras crueles que se alimentan de la matanza y la carnicería. «¡Qué cuadro! exclama el historiador. ¡Qué pintura! y, sin embargo, en estos ejemplos, modelos de la educación que se da á los hijos de los grandes; se proponen hacerlos acemejarse á esos asoladores de provincias, á esos azotes del géne-

(1) «Misioneros malditos de la humanidad, la tienen muy escasa para sus tristes lectores.»

ro humano. Excitando en ellos sentimientos de una ambición desmesurada y deseo de vana gloria, se forman, según la expresión de la Escritura, jóvenes leones acostumbrados y enseñados desde pequeños á devorar á los hombres. Y cuando con la edad el leoncillo se convierte en león, Dios nos dice que el ruido de sus hazañas y la fama de sus victorias no es más que un espantoso rugido que lleva por todas partes el espanto y la desolación.

Hé aquí las ideas en que fueron educados los hombres de la revolución. ¿Podrá extrañarnos que un día, cansados de servir de alimento á los leones y á sus hijuelos, tomarán la resolución de desembarazarse de tales señores? El odio á los conquistadores respira en todos los escritos de Rollin. «Llevar siempre sus deseos más allá de su fortuna presente, querer ir siempre hacia adelante, no poner límites á su ambición, tal es la pasión de los que se llaman conquistadores, y que con más razón podrían llamarse, según la Sagrada Escritura, bandidos de las naciones.» Por más que el escritor francés toma sus citas de la Biblia, lo que expresa son las ideas de Voltaire en el lenguaje de los profetas. Rollin no encuentra entre la multitud de héroes celebrados por la historia más que un príncipe á su gusto, que es Ciro. Toma en serio aquel personaje, tal como le representa Jenofonte en su novela histórica, el Telémaco de la Grecia. De suerte que el tipo de rey que el historiador francés nos presenta es un héroe imaginario: «Si sus conquistas, dice, no estuvieran fundadas más que en la ambición, la injusticia, la violencia, Ciro, lejos de merecer las alabanzas que se le tributan, debería ser clasificado entre esos bandidos famosos del universo, esos enemigos públicos del género humano que no conocen más derecho que la fuerza, que cifran su gloria en destruirlo todo, como los torrentes y los incendios, y que reinan como reinarian los osos y los leones si fueran los señores. Hé aquí, en realidad, lo que son la mayor parte de esos pretendidos héroes que el siglo admira.»

No ha dicho Voltaire nada más fuerte que eso. Rollin no es seguramente un filósofo, pero está dominado sin duda por el espíritu filosófico. Esta influencia es inevitable; por eso es universal. Á los nombres que hemos citado podríamos añadir otros muchos: Helvecio y Marmontel, Rainal y Florian, Goguet y Bernardino de Saint-Pierre. Nos detene-

mos aquí, porque es tal la uniformidad de pensamientos acerca de la guerra y de los conquistadores en todos los escritores del siglo XVIII, que sería de una fatigosa monotonía repetir sus invectivas incesantemente contra esos azotes del género humano. Preferimos consignar un hecho más notable todavía que esta unanimidad de la literatura francesa. Generalmente se echa á Francia la culpa del espíritu filosófico del último siglo, y lo que á los ojos de unos es una mancha, para otros es una apoteosis. En realidad, los mismos sentimientos, las mismas ideas reinaban en la Europa entera, sin que pueda decirse de dónde venía la iniciativa. ¿No es ésta una de las señales más graves de los tiempos? Si el espíritu del siglo XVIII no fuese más que un mal local, como dicen los hombres de lo pasado, podrían esperar que su influencia desapareciera bajo la acción universal de la humanidad. Pero cuando encontramos en todas partes las mismas aspiraciones, y, por decirlo así, el mismo culto, preciso es confesar que no se trata de una enfermedad, sino de un movimiento general que empuja á los pueblos modernos y que inaugura una era nueva de la civilización.

N.º 5.—Literatura extranjera.

I

La guerra que los filósofos franceses hacen á los conquistadores es notable, porque la nación á que pertenecen es raza militar por excelencia. Los escritores ingleses no tenían que combatir una preocupación nacional. Desde que Inglaterra ha tomado en serio su libertad, ha tenido cuidado de poner á sus reyes en la imposibilidad de hacer conquistas: gracias á estas recelosas precauciones, las instituciones libres han arraigado allí tan profundamente, que pueden desafiar á todas las tempestades. Pacífica, porque es libre, la nación inglesa está también interesada en impedir las conquistas sobre el continente, porque una potencia preponderante comprometería su comercio á la vez que su libertad. El conjunto de estas causas explica los sentimientos que inspiran á la literatura inglesa. Mientras los franceses quemaban incienso ante su gran rey, los poetas ingleses condenan su orgullo y su ambición; le acriminan por la sangre que derrama á torrentes y por las ruinas que amonto-

na. Addison establece un paralelo entre este héroe destructor y el príncipe á quien la Inglaterra debe su libertad. También Guillermo ocupó en las armas su corta carrera, pero fué para defender á su patria y á la Europa. Combatió en nombre del protestantismo amenazado, en nombre del derecho oprimido; no gimen los pueblos por sus victorias, porque éstas aseguran su independencia (1). Guillermo de Orange fué más veces vencido que vencedor; pero la causa en cuyo favor luchaba es de aquellas que no se pierden jamás, aun cuando sucumban sus defensores. Addison terminó cantando el triunfo de los ejércitos ingleses como hombre libre; no insulta á los vencidos, no ensalza á los vencedores; celebra la fortuna de Inglaterra, porque es la victoria de la libertad. Para él, vivir es ser libre, y la servidumbre es la peor de las muertes (2).

Sería ilusión considerar á los ingleses como campeones desinteresados de la libertad; poseen en el más alto grado la virtud del patriotismo, pero eso tiene su reverso. Afortunadamente el egoísmo de Inglaterra se concilia con el interés general. Fundan su poder en la industria y el comercio. Estas son las verdaderas fuentes de la grandeza de los pueblos, dice el *Spectateur*. La guerra y las conquistas son buenas para los bárbaros; consideradas como elemento de poder, son un cálculo estúpido. Y el escritor inglés entra á calcular lo que han valido á Luis XIV sus conquistas. En 1711 no debía salir muy bien librado el gran rey, cuyos ministros se veían precisados á hacer antesala para ser recibidos por los tenderos holandeses. El *Spectateur* examina, pues, el reinado de Luis XIV en la época de sus triunfos; calcula como un banquero lo que ha perdido y lo que ha ganado con sus victorias, y llega á la consecuencia de que el vencedor de Europa iba perdiendo á medida que creía ganar ensanchando sus fronteras. En definitiva, cubrió á Europa de sangre y de ruinas para conquistar una falsa gloria (3).

II

Inglaterra ha tenido un precursor de Voltaire en Swift. Ambos se burlan de las flaquezas humanas;

(1) ADDISON, *To the king* (*Miscellaneous works*, t. I, p. 10 y 12).
(2) ADDISON, *The campaign* (*Miscellaneous works*, t. I, p. 78); —*Cato*, t. II, p. 57.
(3) *The Spectator*, t. I, p. 9; t. III, p. 48, 52; t. II, págs. 222 y siguientes.

sin embargo, ambos son en cierto sentido filántropos. Swift escribe ciertamente á Pope que la misantropía le ha inspirado los *Viajes de Gulliver*; pero añade que, aunque deteste á los hombres como raza, ama á los individuos. Voltaire hubiera podido decir lo contrario; apenas ha amado á los individuos, pero profesaba sincero amor á la raza. Esta falta de afecto á la humanidad es lo que hace tan picante la sátira de Swift. Todo es verdadero en ella, pero todo es falso también, porque el exagerado realismo del novelista le impide colocarse en el verdadero punto de vista. Escuchemos á Gulliver cuando expone las razones que tienen á los reyes constantemente en guerra entre sí: "Son innumerables, dice; hé aquí algunas. La diferencia de opiniones ha costado la vida á millones de hombres; por ejemplo, se han batido por saber si el pan es carne ó si la carne es pan, si el jugo de la vid es vino ó es sangre, si vale más besar un pedazo de madera en forma de cruz ó utilizarlo para hacer fuego; qué color es mejor para un hábito si el negro, el blanco ó el pardo; si debe ser largo ó corto, estrecho y ancho, sucio ó limpio, y otras cosas por este estilo. Hoy se hace la guerra á un reino por que es demasiado poderoso, mañana porque es demasiado débil. También es causa muy legítima de guerra invadir una comarca desgarrada y debilitada por las facciones. Nada más justo que apoderarse del territorio de un aliado para redondear el nuestro. Hacemos también guerras para civilizar un pueblo pobre é ignorante; empezamos por matar la mitad de su población y reducimos á esclavitud la otra mitad. Es una práctica regia, y, por consiguiente, muy honrosa, ir en auxilio de un príncipe y apoderarse después de sus Estados. El parentesco y la alianza entre los reyes es una de las causas habituales de sus disensiones."

Swift insiste repetidas veces en la locura guerrera, porque es una de las más funestas y que más se prestan á la sátira. Merece leerse en su descripción de Lilibut la guerra encarnizada que se suscita en el seno de la nación de los Lilibutienses acerca de la manera cómo debe abrirse un huevo. ¿Debe abrirse por el extremo más grueso ó por el otro? ¿Cuánta sangre ha corrido por los dogmas teológicos tan importantes como la disputa lilibutiense! Si se tomase en serio á Swift, habría que deducir que todos los hombres merecen ser encerrados en una casa de locos. Sin embargo, las gue-

ras que parecen más locas son las que manifiestan la grandeza humana. Sacrificar su vida por una creencia es un acto que puede ridiculizarse cuando la creencia es ridícula, pero esto no impide que los que dan su vida por su fe cumplan con el más grande y á la vez el más difícil de sus deberes, el sacrificio por una idea. No ridiculicemos la abnegación, pero procuremos que el sacrificio sea en obsequio de ideas grandes y nobles.

III

En Inglaterra como en Francia, el espíritu general de la literatura es hostil á la guerra. En las *Noches de Young* se encuentra un rasgo contra la ambición de los reyes que d'Holbach hubiese podido hacer suyo: "En el momento presente, la guerra desgarrará la Europa: designamos con este nombre un pequeño rincón del universo en el que se agitan los reyes insensatos. En el mundo en que he nacido no se espera á que los años ocasionen la muerte. La muerte ha conocido que tardaba mucho en destruirnos; ha dejado á un lado su aljaba, ha colgado su guadaña y ha dado á los reyes el encargo de mantener en su nombre una carnicería continua de la especie humana. Su ambición la sirve mejor que la guadaña, (1). Las guerras del siglo XVIII merecen esta censura, por exagerada que parezca. Pero cuando los historiadores transportan á los tiempos pasados su odio á las conquistas, acaban por emitir juicios evidentemente injustos. Pridaux pone en duda el heroísmo de Alejandro, el héroe por excelencia; no ve en él más que un valentón general de su siglo: "Pero los hombres son tan locos y los historiadores tan testarudos, que dedican todo su incienso á las acciones de guerra, á la carnicería, á las conquistas, y consideran como sus mayores héroes á los que más se han distinguido destruyendo el universo, (2). Como se ve, el odio á los conquistadores es una idea fija y en cierto modo un sistema. Gibbon nos dirá cuál era el objeto de esta guerra encarnizada que el siglo XVIII hacía á la guerra. Observa que las alabanzas de Alejandro, cantadas por los poetas y los historiadores más célebres, encendieron en el alma de Trajano una emulación peligrosa, y luego añá-

(1) YOUNG, *Noche XXI*, traducción de LE TOURNEUR.
(2) PRIDBAUX, *Histoire des Juifs*, parte I.^a, lib. VII.

de: "Mientras el género humano siga elogiando á sus destructores, dándoles la preferencia sobre sus bienhechores, la sed de gloria militar continuará siendo el defecto de los caracteres más elevados." La cruzada de la literatura contra las conquistas estaba, pues, inspirada por el amor á la humanidad: era tan apasionada como las guerras santas de la Edad Media. De aquí la ceguedad y la injusticia de los filósofos. Esto no impide que su fin fuese santo, más santo que el de las cruzadas: querían contener ese desbordamiento de sangre que por todas partes corría por la culpable ambición de los reyes. Un escritor alemán nos dará á conocer el plan de campaña de los modernos cruzados, sus esfuerzos y sus esperanzas.

IV

Herder dice que un escritor del siglo XVIII, cuyo nombre apenas es conocido en Alemania, merecía ser llamado el escritor de la humanidad. Tomás Abbt es uno de los sacerdotes de la religión nueva que inspiraba á todos los hombres de letras, pero no tiene nada de original. Toma de Juan Jacobo Rousseau, de Pope y de Milton algunos pensamientos bellos sobre la guerra; después desenvuelve una palabra profunda que Shakespeare pone en boca de los vencidos: "Mañana, dicen á su vencedor, pesaremos grandemente sobre tu alma." Es el espectáculo de las gracias individuales originadas por la guerra lo que principalmente llama la atención del moralista alemán (1). Esta preocupación tiene ciertamente su legitimidad, pero no es decisiva. Es preciso elevarse más, si se quieren abarcar todas las fases de una cuestión que afecta á los destinos del género humano. Un hombre de genio hubo digno de tratarla, filósofo y cristiano á la vez, historiador y poeta. Herder es el verdadero apóstol de la humanidad. Conocemos los sentimientos generosos que le inspiran; vamos á ver cómo los aplica al derecho de gentes.

Herder llama al derecho que rige las relaciones de los pueblos derecho de la humanidad. Sabiendo lo que el filósofo entiende por humanidad, hay que convenir en que el derecho internacional no ha sido concebido nunca de una manera más elevada. Formula en los siguientes términos la ley que rige

(1) ABBT, *Schriften*, t. I, p. 228 y siguientes.